

DISERTACION EN EL CARI

No se puede ni se debe pasar página. Al conmemorarse, a partir del pasado 7 de abril y por 100 días, el 30 aniversario del genocidio cometido en Ruanda, que dejó casi un millón de asesinados de la etnia Tutsi a manos de la etnia Hutu y sus fuerzas paramilitares en poco más de tres meses, es necesario asegurarnos de que cada uno de estos acontecimientos aberrantes sea recordado y explicado en todos los foros. Es el tributo que la comunidad internacional le debe a las víctimas y que los supervivientes necesitan para continuar su propia reconstrucción individual y la reconstrucción social.

En el sitio web del Memorial de Kigali, uno de los cuatro monumentos donde tienen lugar los homenajes, hay una reflexión que debemos formularnos frente a cualquier acontecimiento de violencia que puede escalar.

Esta reflexión dice: “Cada comunidad se encuentra en algún lugar del camino hacia la paz y del camino hacia la violencia. ¿Dónde está el tuyo?”

Ruanda es un ejemplo de una mala y a su vez una buena gestión de Naciones Unidas, contradictoriamente.

Cuando el genocidio comenzó en abril de 1994, pocos países dieron crédito inicialmente a que la masacre iba a derivar en un genocidio. Los cascos azules apostados en Ruanda fueron asesinados ya en los primeros días y aun así Occidente demoró en intervenir de manera eficaz. Sin duda el papel jugado por Francia y otros países europeos fue esencial en esa demora y en el curso de los acontecimientos.

El último país colonial en Ruanda fue Francia, que sucedió a los belgas y éstos a su vez habían sucedido a los alemanes. Fue Bélgica el país que dividió a los ruandeses en tutsis y hutus en sus documentos de identidad.

El genocidio es un crimen colectivo que responde a una diversidad de factores que socavan durante largo tiempo la dignidad humana. El sujeto es cosificado de muchas formas diferentes. El miedo se apodera de la gente. La negación de lo que vendrá hace su parte. Y un día todo estalla como si fuera una catástrofe natural, pero en verdad las huellas están en la historia de ese país y la masacre se produce ante la perplejidad de la comunidad global.

El genocidio de Ruanda, de abril a junio de 1994, fue posible ante el estupor que paralizó a las Naciones Unidas para intervenir mucho antes. Fue a medida que los refugiados, en proporciones bíblicas, empezaron a escapar hacia los países vecinos que la ONU intervino, ante la amenaza que el conflicto se extendiera a los vecinos africanos, teniendo en cuenta la porosidad de sus fronteras.

Antes dije que Ruanda es un ejemplo de mala y de buena gestión de Naciones Unidas. Ello así, porque apenas cinco meses después de terminado el genocidio, el Consejo de Seguridad puso de acuerdo a sus cinco miembros permanentes para constituir los Tribunales Penales Internacionales de Ruanda y la ex Yugoslavia, llamados ad hoc, con el fin de penalizar las aberraciones cometidas tanto durante la masacre en el país africano, como los crímenes de lesa humanidad en el segundo, que quedó desmembrado en varios países.

¿Sería posible hoy crear un Tribunal similar en otro país con las pruebas rotundas de un genocidio o una masacre de igual proporción?

La respuesta no es sencilla pero, dado el desacuerdo de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, no parece que sea una solución aplicable a los conflictos de nuestro tiempo: Ucrania y Medio Oriente. Nadie sabe cuánto y cómo pueden escalar ambos conflictos bélicos, pero sobre todo cómo detenerlos, ante la falta de acuerdos en ese soberano que fue el Consejo de Seguridad a lo largo de la segunda mitad del siglo XX.

Sin embargo, sí es posible hablar de la conciencia que la sociedad mundial tiene respecto de la inestabilidad geopolítica. Y eso se manifiesta en el modo en que crecen las protestas contra una escalada bélica cada vez más extendida, ante la cual los líderes mundiales no están teniendo respuestas eficaces.

¿Qué significa Ruanda en el sistema jurisdiccional internacional?

Creo que el avance más significativo conseguido en los tribunales internacionales ad hoc –Ruanda y la ex Yugoslavia- fue habilitar a las víctimas un espacio en la justicia para que la narración de esos acontecimientos quede registrada y para que exista un relato veraz para la Historia, de modo que las voces silenciadas tengan una caja de resonancia.

Esto es un asunto clave en la construcción y en la preservación de la Memoria. Cómo se recuerda una masacre? Con qué objetivos? Cómo se educa para la no repetición de un genocidio?

Ruanda eligió una forma de evocación conmovedora. Quizá, perturbadora para los occidentales. En los lugares donde tuvieron lugar

las matanzas, los restos de las víctimas y sus ropas se dejaron tal y como quedaron en aquellos 100 días trágicos para el país y para la humanidad.

Los monumentos que se erigen tienen un valor humano, histórico y patrimonial único. En la aldea de Nyamata, uno de esos memoriales se ubica en una iglesia humilde de piedra y madera, donde las víctimas fueron encerradas y quemadas. La guía del memorial es una sobreviviente de esa masacre. Todo se congeló en aquel momento para que nadie olvide lo ocurrido.

Los memoriales son un reservorio de esperanza y un llamamiento de justicia.

La tradición en Ruanda desde hace 30 años es encender, el día 7 de abril, una llama conmemorativa en el Memorial del Genocidio de Kigali, donde se estima que fueron sepultadas 250.000 víctimas.

Todo el país se llama a silencio. No hay música en lugares públicos ni en la radio. Los eventos deportivos y el cine están prohibidos en la televisión, a menos que se vinculen con lo que este año se denomina "Kwibuka (Recuerda) 30". Es interesante detenerse en el mensaje de este aniversario, que Ruanda lanza a todo el mundo, donde también hay actos conmemorativos a los que se sumaron la Unión Africana y Naciones Unidas. El lema es "Recordar-Unir-Renovar".

La llama que se encendió el 7 de abril permanece durante 100 días. Cada año, el gobierno ruandés dice que siguen descubriéndose nuevas fosas comunes en todo el país. Es verosímil en un país donde nadie pudo ignorar lo que acontecía. O fue víctima o fue victimario. Es una división muy fuerte en una sociedad para considerar que las heridas están totalmente restañadas.

Sólo 28 de los acusados de actos de genocidio han sido extraditados a Ruanda desde todo el mundo. Francia, uno de los principales destinos de los ruandeses que huyeron de la justicia, ha juzgado y condenado a media docena de personas por su participación en los asesinatos.

Como recordó este año el presidente Paul Kagame, que gobierna Ruanda hace tres décadas, el país ha recorrido un camino largo y áspero. Y las lecciones del genocidio están grabadas con sangre.

Cuestionado y venerado por igual, Paul Kagame exhibe datos duros que muestran que su país crece económicamente y la participación de las mujeres en las instituciones estatales es mayoritaria. El Banco Mundial estimó que la economía de Ruanda creció un 7,6% en 2023. Sin la riqueza de los recursos naturales de otros países africanos, Ruanda ha apostado al turismo y a las actividades manufactureras para salir adelante.

Pero sobre todo el país encontró el modo de ser un modelo de no repetición. Los jóvenes, que estudian el genocidio en la escuela y en la universidad, son los principales activos del país para impedir que una tragedia como la que la sociedad vivió en 1994.

No puedo soslayar un lugar especial para las mujeres ruandesas. Como he dicho en otra ocasión ellas fueron y son protagonistas de una reconstrucción no solo material, sino sobre todo moral y social en la comunidad de su país. Tanto las mujeres tutsi como las hutu habían jugado roles importantes en la esfera pública en la etapa precolonial. Fue necesario que lo recobraran para hacer sostenibles la paz y el desarrollo.

Se alfabetizaron, ocuparon roles de liderazgo en sus comunidades, se integraron a ONGs y alcanzaron puestos de decisión en los tres poderes del Estado.

Son numerosos los registros y archivos que recogen hoy el compromiso de las ruandesas en la reconstrucción de una sociedad destrozada por el odio y la violencia más ominosa.

Si hoy Ruanda es vista desde afuera como un modelo de crecimiento y estabilidad se debe a que las mujeres, sin diferencias de etnia, confluyeron para crear iniciativas de cooperación.

Como escribió el poeta metafísico inglés John Donne en “Por quien doblan las campanas”: “Ningún hombre es una isla entera por sí mismo.(...) Cada hombre es una pieza del continente, una parte del todo. (...) Ninguna persona es una isla; la muerte de cualquiera me afecta, porque me encuentro unido a toda la humanidad; por eso, nunca preguntes por quién doblan las campanas. Doblan por ti”.

Muchas gracias